

## HITOS LITERARIOS DE LA *HUESCA MODERNA* (1893-1912)

Juan Carlos ARA TORRALBA\*

RESUMEN.— En este artículo se repasa la historia literaria del modernismo oscense. En primer lugar, se acota cronológicamente el campo de estudio para después dar a conocer sumariamente los principales hitos (autores como Manuel Bescós, Pascual Queral, Luis López Allué, Manuel Gilmán, Magdalena Santiago, Antonino de Caso o José María Llanas, obras como *La ley del embudo*, *Alma contemporánea*, *Epigramas* o *Abril*, revistas como *La Campana de Huesca...*) de esta secuencia que transcurre entre los años 1893 y 1912.

ABSTRACT.— This essay attempts to sketch the *modernist* literary history of Huesca. After marking out the field of study —chronologically speaking—, I outline the most important events (writers: Manuel Bescós, Pascual Queral, Luis López Allué, Manuel Gilmán, Magdalena Santiago, Antonino de Caso or José María Llanas; books: *La ley del embudo*, *Alma contemporánea*, *Epigramas* or *Abril*; magazines: *La Campana de Huesca...*) going by in this sequence of history (1893-1912).

### EL TRANCO CRONOLÓGICO: LA PLENA PAZ CAMISTA

Tras más de dos lustros de pelea política continuada, en la que no faltaron motines, algaradas y coaliciones *contra natura* de partidos contra el irrefrenable ascenso de Manuel

---

\* Departamento de Filología Española (Literaturas Española e Hispánicas). Universidad de Zaragoza.



Camo y Nogués (1841-1911) y sus republicanos posibilistas, 1893 significó el principio del asentamiento definitivo de Camo a través del astuto acercamiento de los castelarineros a la izquierda liberal dinástica.<sup>1</sup> En la vida local oscense, esta aproximación supondría el achique del espacio político de los adversarios tanto fusionistas como republicanos unitarios y federales de la década de los ochenta. Desorientados también los conservadores y faltos de apoyo carlistas y *neos*, Camo pudo campar a sus anchas y copar sin apenas pugna los puestos de responsabilidad política del gobierno local y aun provincial.

El tutelado *sosiego* social —la *pax camista*— extenderá su dominio desde aquel 1893 hasta el deceso del cacique Camo, ocurrido en 1911, y será tiempo propicio para sentar las bases socio-económicas que posibilitan el desarrollo del modernismo artístico español. En el caso oscense, el camismo se sustentaba —desde el lejano 1874— en la pequeña burguesía local de comerciantes y artesanos y en un funcionariado fiel y animoso; arrinconados los terratenientes y los restos de la aristocracia comarcana, de aquellos estratos sociales nacerían los avances necesarios para reconocer la *Huesca moderna* (progreso material, asociacionismo comerciante, regeneracionismo asumido en sus aspectos más superficiales...) del periodo comprendido entre 1893 y 1912, cuando un triunvirato de notables liberales y conmitones cercanos a Manuel Camo (Mairal, Batalla, Del Cacho) se hicieron cargo de la herencia del cacique.

Estas mugas cronológicas coinciden también con los términos a quo y ad quem en los que nos es dado ubicar el nacimiento, desarrollo y certificado de defunción del modernismo literario oscense. En efecto, es lícito considerar la aparición de *La Campana de Huesca* (1893-1895) como inicio y síntoma, y el libro *Abril* (1912) como su final. Entre ambos umbrales detéctanse numerosos hitos literarios locales que hacen del modernismo el tramo histórico literario quizá más importante del pequeño dominio enciclopédico artístico altoaragonés.

#### LOS INICIOS: *LA CAMPANA DE HUESCA* Y GREGORIO GOTA HERNÁNDEZ

Un alto porcentaje de localidades importantes españolas tuvieron su *revista moderna* (*Revista Moderna*, *Madrid Moderno*, *Soria Moderna*, *Málaga Moderna*...), en

<sup>1</sup> Vid. Carmen FRIAS y Miriam TRISÁN, *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987, y de la primera de las autoras citadas, *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón. Procesos electorales y comportamientos políticos*, Huesca, Ayuntamiento, 1992.



la que se vertieron afanes eruditos, alientos regeneracionistas locales, tipografía *à la dernière*, poemas y narraciones de indudable carácter modernista, y en la que se adivina un común sustrato que hoy reconocemos como inequívocamente burgués y *finisecular*. Huesca también tuvo la suya, aunque como en el caso de muchas otras no incluyese el adjetivo *moderno* en su cabecera. Se trató de *La Campana de Huesca*,<sup>2</sup> cuyo primer número saldría a la calle el 23 de abril de 1893 y que al poco acogería la noticia del acercamiento de Camo a los sagastinos (contorno cronológico del tramo que repasamos, según hemos indicado). Fue su director y propietario Gregorio Gota Hernández (Huesca, 1863 – Madrid, 1945), quien antes de encargarse de la empresa hubo de publicar un curioso folleto titulado *Huesca. Apuntes para su historia* (1891). Era *La Campana* una revista de 8 páginas de 32,5 cm de alto por 22 cm de ancho, esto es, de tamaño muy manejable y acorde a los nuevos rumbos que tomaban las revistas ilustradas más modernas —lejos de los mastodónticos infolios de las viejas *Ilustraciones*—, a una sola tinta, escrita a dos columnas y al ajustado precio de 10 céntimos el ejemplar; se titulaba *Historia. Literatura. Leyendas. Tradiciones. Poesía. Noticias, etc., del Alto Aragón*. A pesar de la promesa de la ilustración, en el primer número los grabados y reproducciones brillan por su ausencia, y la cabecera es de un sobrio subido. Tampoco se da el nombre del director, aunque la dirección, Coso Bajo, 103, delata a Gota, según sabemos. “La Advertencia”, o programa de la revista, es muy escueta y se debe con seguridad a la pluma de Gota, a despecho de que firme “La Redacción” en conjunto.

Hemos apuntado anteriormente cómo *La Campana de Huesca* surge en el principio de la *pax camista*, sin ánimos de enfrentamiento con los posibilistas oscenses. Prueba de que la anterior ejecutoria coalicionista y *nea* de Gota (quien en su madurez se resellaría republicano) no influyó en los propósitos iniciales de la revista, es el número 2 (7-V-1893), que principia con un artículo del significado posibilista de la capital, y asiduo de *El Diario*, Julio Pellicer Nogués. La colaboración, que no tiene desperdicio, es un elogio de la figura de Sagasta al socaire de las obras del Canfranc impulsadas bajo su mandato; Pellicer pide que Sagasta sea nombrado hijo predilecto de Huesca. A nadie se le escapaba en 1893 que lo que escondía el artículo era la palinodia cantada por Manuel Camo y su cohorte de su pasado republicano y castelarino;

<sup>2</sup> Traigo a este ensayo parte de los contenidos de mi artículo “Sinfonías legendarias en tono menor: *La Campana de Huesca* (1893-1895), glorias y miserias de la primera y postergada revista ilustrada de la provincia”, *Ala-zet. Revista de Filología*, 7 (1995), pp. 9-55.



¡qué cerca y qué lejos a un tiempo quedaban las diatribas al líder fusionista, “traidor” de la I República! Este artículo es uno de los primeros documentos del interesado sesgo de Camo para acercarse a los liberales y estabilizar de por vida su cacicato. Gota, en las “Notas de la quincena”, no deja pasar la ocasión para mostrar su no beligerancia, por un lado, y su pericia, por otro, al insinuar el *resellamiento* posibilista oscense:

Tenemos vedado el campo político y si así no fuera, nos lo vedaría nuestra impericia y nuestro craso desconocimiento en estas materias para nosotros arduas en grado sumo, pero que en la ocasión presente pudieran prestar amplio campo donde explayar su imaginación a cualquiera aficionado a los maquiavelismos y las cábalas de la política [...] No es de extrañar tampoco, aquí donde tanto se politiquea, que en estos días y aun por algún tiempo sea comida obligada a muchas gentes el ingreso o no de las huestes posibilistas en la monarquía.<sup>3</sup>

La primera ilustración de fuste —hay que decir que en el número 2 figuraba una reproducción de un grabado de Sagasta— la encontramos en el número 3 de la revista, y no es otra que la vista de la Torre Nueva, tomada de la recién nacida *España Ilustrada* de Zaragoza. A esta seguirá en el número 4 un grabado de un dibujo de Teodoro Gascón, “El almuerzo del guarda”, con lo que la revista ya puede llamarse en verdad “ilustrada”. Por lo demás, la “penosa tarea” del Prometeo Gota choca con la atonía cultural de la ciudad y provincia, de la que siempre dejará constancia hasta el final de *La Campana* en las notas quincenales; asimismo, las noticias sobre el clero y las funciones religiosas comienzan a menudear —lo que se agravará con el tiempo— en la revista, circunstancia que le insuflará un aire mortecino y mojigato en ocasiones, solo aliviado por el regionalismo regeneracionista que se traduce en frecuentes alusiones a la Cámara Agrícola del Altoaragón, al ferrocarril y a los riegos necesarios, o a la necesidad de crear en Huesca un Círculo Mercantil, verdaderamente ilustrado y que no fuera solo una sociedad recreativa y lúdica —en clara alusión al Círculo camista.

Ciertamente, en esta sazón, la revista marchaba solo por el esfuerzo personal de Gota, quien lamentaba en las “Notas de la quincena” del número 10 la falta de originales y la morosidad de los abonados a la hora de pagar las cuotas y suscripciones. Estos titubeos iniciales dieron paso a un andar firme en los siguientes números de la revista. Este ritmo ascendente, necesario para superar el posible desencanto que siempre sigue

<sup>3</sup> “F.” [Gregorio Gota], “Notas de la quincena”, *La Campana de Huesca*, 2, 7 de mayo de 1893, pp. 2-3.



en las revistas al entusiasmo primerizo, se consigue por la comparecencia de eruditos y colaboradores de casi toda la provincia —quienes se suscribirían, además, a la revista—, y puede detectarse, de forma señalada, desde el anuncio de la preparación del centenario de la muerte del general Ricardos, en este mismo número 10 (27-VIII-1893), hasta la publicación del número especial con tal motivo, del 13 de marzo de 1894.

A partir de junio de 1894, el tono, antes ascendente, de la revista se torna descendente y anodino. Desde el número 31 (1-VII-1894), Gota se ve obligado a insertar anuncios en *La Campana de Huesca*. Dan dinero, pero restan una página, la 8, de la publicación y, lo que es más importante, son índice de la pesada hipoteca ideológica que arrastra y arrastrará aún más la revista. Así, en la página 1 vemos la efigie del magistral de Huesca, don Valero Palacín y Campo, y en la 8, emparedando simétricamente el número, los anuncios, entre otros, de los representantes en Huesca de cosecheros malagueños y, sobre todo, del de la Compañía Trasatlántica, propiedad del marqués de Comillas, protector y mecenas de la Buena Prensa católica. Estos anuncios comienzan a colorear la supuesta “blancura” de la revista y a cobrar sus réditos en el número 34 (12-VIII-1894), donde Gota, en la “Crónica” habitual, reprocha a los católicos su voto inconsecuente. ¿Dónde quedaba el “regionalismo puro”? Tal vez consciente del callejón sin salida a que estas explícitas declaraciones de principios conducían, Gota planteó una retirada elástica y ordenada de la beligerancia; por ello, en la “Crónica” del número 41 (18-XI-1894), nuestro erudito repitió el saludo íntegro y literal aparecido en el número inaugural de la revista, al mismo tiempo que añadía estas palabras que nada bueno presagiaban para el futuro de *La Campana de Huesca*:

La tarea vamos continuándola con ayuda de respetables personalidades a las que sumamente estaremos agradecidos por el concurso intelectual que nos prestan. Y quiera Dios que sin mezclarnos en ideas políticas de ningún género, y defendiendo la moral más pura y sana contribuyamos a recordar la historia de nuestros antepasados y reseñar la contemporánea.<sup>4</sup>

La suerte estaba echada para la revista; ni siquiera había alcanzado la vitualla que suponía llegar a un nuevo enero sin recapitulaciones innecesarias. A través del ejemplar que encontramos entre los papeles de Costa, aquel número de febrero de 1895, detectamos un último intento de Gota por airear una revista que olía a rancio, pues no en vano

<sup>4</sup> G. GOTA HERNÁNDEZ. “Crónica”. *La Campana de Huesca*. 41, 18 de noviembre de 1894, p. 1.



la motejaba el semanario festivo *Don Domingo*, en su número 9 (30-XII-1894), de “un quincenal cronicón / narrador de tiempos viejos / y cazador de librejos / con leyendas de Aragón”. Esta renovación tardía consistió, en primer lugar, en el cambio de imprenta, pues el número 46 de la revista se imprimió en la imprenta de la Viuda e Hijos de Castanera, lo que conllevó un cambio en la tipografía y en la aparición de algunos —simples— adornos de imprenta que otorgaban a las páginas de *La Campana de Huesca* un aire más *moderno*, conforme a los usos en boga. La “Crónica” pasa a llamarse “Sección X” y en ella, por si fuera poco, se habla de algo tan *moderno* y regionalista como el Orfeón. *Moderna*, ya en título e intención, es la tercera entrega de la serie casi homónima “Huesca Moderna”, que trata sobre las calles de la ciudad, en este caso de San Lorenzo. El hecho de que sea la tercera parece indicar que los dos números iniciales de 1895, 44 y 45, desgraciadamente perdidos, ofrecerían características similares al 46.

La *modernización* de *La Campana de Huesca* llegó a deshora, puesto que este número 46 lo escriben mano a mano Gota y Ramiro Ros, últimos robinsones de la empresa, síntoma del cansancio de los otros colaboradores; asimismo, el periódico se autoanuncia en la última página, clamando que es “el más barato de Aragón” y ofreciendo la suscripción local a 0,25 cm mensuales en lugar de los 0,75 cm trimensuales anteriores. Detalle nimio pero revelador de la escasez de numerario y suscriptores de *La Campana de Huesca*. Por último, y como acta del estado terminal de la revista, se incluye en este número un artículo firmado por “Fulano de Tal” [Gregorio Gota] y titulado “La fabricación de periódicos”, en el que se exponen todas las quejas posibles del que busca afanosamente público que agradecer.

#### UN AÑO CLAVE: 1898. LA HUESCA *INFUNDIANA*, COSTA Y LUCAS MALLADA

Por muchas y poderosas razones (no exentas de controversia según su utilización mostrenca o inteligente), el año 1898 es considerado como capital en el desarrollo de la vida española de la Restauración y aun en el devenir cultural. En la microhistoria oscense no lo es menos, puesto que en tal año se ahonda la influencia del pensamiento de los regeneracionistas altoaragoneses Joaquín Costa y Martínez (1846-1911) y Lucas Mallada y Cuello (1841-1921),<sup>5</sup> y desaparecen del mapa oscense tres

<sup>5</sup> Vid. Eduardo ALASTRUÉ, *La vida fecunda de don Lucas Mallada*, San Fernando de Henares, Asociación Nacional de Ingenieros de Minas, 1983, y Juan Carlos ARA TORRALBA, “Lucas Mallada y Cuello o la ciencia al servicio del progreso nacional”, *Círculo de artes escénicas, musicales y plásticas en Aragón*, 19, abril de 1999, pp. 12-13.



importantes figuras literarias de la primera fase modernista: unos, tanto el poeta y confitero masón Bernabé Morera Pablo<sup>6</sup> como nuestro conocido Gregorio Gota Hernández, deben marchar de Huesca ante la atmósfera asfixiante creada en su contra por Manuel Camo y sus seguidores; otro, Pascual Queral y Formigales, también acosado por aquellos, por repentino fallecimiento.

Y es que Pascual Queral (Bossòst, Lérida, 1848 – Huesca, 1898)<sup>7</sup> ofició en Huesca de indispensable juez crítico de los *males de la comarca* a través de las páginas de su importante novela *La ley del embudo* (1897), novela de costumbres políticas que adopta la forma de relato *en clave* donde, entre otras, Manuel Camo y Nogués es *Gustito*, Emilio Castelar es *D. M.*, y el mismo Joaquín Costa *Espartaco*. Los primeros capítulos de la novela, narrados en un inconfundible estilo epigramático y de suelto periodístico partidista y satírico, dan buena cuenta de los primeros pasos de la carrera política de *Gustito*, de cómo se aprovechó del río revuelto del 68, traicionó a los jefes de los partidos dinásticos, y aun de los republicanos, tan arraigados en la capital, y formó, a partir de una masa electoral constituida por tenderos, pequeños propietarios y funcionarios de baja escala, una maquinaria política fundamental en el *matute*, el fraude, el cambalache, el pucherazo y el agio. *Gustito* pasa de edil a alcalde de *Infundia* (Huesca) y a diputado provincial de *Hectópolis* (la provincia de Huesca) en apenas un lustro, el que abarca los años de 1866 a 1873. Al advenimiento de la Restauración, *Gustito* confía en que su infalible maquinaria electoral puede todavía mejorar si se pone al interesado servicio de los *parasitistas* (posibilistas) nacionales, y de esta manera ofrece a *D. M.* el acta de diputado por Huesca. Llega entonces a *Infundia Gonzalo Espartaco*, un individuo que sintetiza los valores regeneracionistas e independientes de Joaquín Costa. Rivaliza desde la calle y el periódico con *Gustito*, al que le hace la vida imposible. En los primeros capítulos del segundo volumen de la novela da comienzo una fantasía regeneracionista que tiene como pilar un supuesto viaje electoral de *D. M.* y *Gustito* por la provincia *hectopolitana*. Encuentran al *Tío Antonio*, emblema del idilismo fisiocrático modernista, y a *Atienza*, un viejo prócer retirado en cuyo discurrir detectamos rápidamente la doctrina de Costa. Despide por entonces la novela un tufillo del tópico modernista del *finis patriæ* y de la no menos tópica apela-

<sup>6</sup> Acerca de Bernabé Morera Pablo, acúdase a mi edición de su *Huesca por fuera. Colección de poesías* [1887], Huesca, La Val de Onsera, 1996.

<sup>7</sup> Un repaso a la vida y alcance literario de Pascual Queral puede hallarse en mi prólogo a la edición de *La ley del embudo (novela)* [1897], Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994.



ción al *nirvanismo* y al *neobudhismo* como alternativas al que se entendía desastroso y decadente estado de la nación. Sin embargo, la novela termina con el triunfo de *Espartaco* (quien huye a América con la hijastra del cacique, último eslabón de la trama secundaria del relato) y la muerte violenta de *Gustito*.

En la vida real, por el contrario, no hubo de vencer *Espartaco*, pero algunas semillas del modernismo insinuado en *La ley del embudo* habrían de florecer y germinar rápidamente.

LLANAS AGUILANIEDO, TEÓRICO DEL MODERNISMO ESPAÑOL Y SOCIÓLOGO  
REGENERACIONISTA. SU VINCULACIÓN CON ESTABLECIMIENTOS CULTURALES  
OSCENSES MODERNOS

Por fortuna, la figura y obra de José María Llanas Aguilaniedo (Fonz, 8-XII-1875 – Huesca, 24-VII-1921) fue recuperada hace algunos años gracias al esfuerzo y labor del investigador oscense Justo Broto Salanova, quien consagró su tesis doctoral al culto farmacéutico y al poco pudo ver publicado su estudio en impecable edición.<sup>8</sup> En el libro de Broto se analizan con lucidez los libros de Llanas (señaladamente los principales hitos de su producción literaria, tales que *Alma contemporánea. Estudio de Estética* —1899—, *Del jardín del amor* —1902—, *Navegar pintoresco* —1903— y *Pityusa* —1907—) y son rastreados exhaustivamente en colecciones periódicas contemporáneas los artículos de Llanas. Siempre ha de considerarse provisional y abierto, y así lo hace Broto en el libro mencionado, el listado de colaboraciones periodísticas exhumadas de un escritor, pues en cualquier revista o diario más peregrino puede encontrarse, por azar en tantas ocasiones, algún artículo nuevo. Este es el caso que nos ocupa<sup>9</sup> y que ilustra el innegable hálito regeneracionista de Llanas, tanto como el designio *moderno* y *psicopatológico* su tratado *Alma contemporánea* (*alma* es la palabra clave del modernismo español)<sup>10</sup> o las novelas citadas con anterioridad.

<sup>8</sup> Justo BROTO SALANOVA, *Un olvidado: José María Llanas Aguilaniedo*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1992.

<sup>9</sup> Utilizo aquí las ideas expuestas en mi artículo “La contribución de José María Llanas a la campaña política de su paisano Costa: ‘El Estado comerciante’ en la *Revista Nacional* (1899)”, *La Campana de Huesca. Revista de Cultura*, 16, 21-III-1996, pp. 10-13.

<sup>10</sup> Cfr. Juan Carlos ARA TORRALBA, “El alma contemporánea de *Alma contemporánea*, claves ideológicas para un libro y un cambio de siglo”, *Alazet. Revista de Filología*, 2 (1990), pp. 9-54.





En las páginas 164-166 de los números 7 y 8 de la *Revista Nacional. Órgano de la Liga Nacional de Productores* (9-VII-1899), periódico dirigido por Joaquín Costa, apareció un artículo de Llanas, no exhumado por Broto, titulado “El Estado comerciante”. Gracias a este hallazgo podemos comprobar la conexión regeneracionista de Llanas con Costa, relación seguramente propiciada por la común amistad del montisonense y del de Fonz con el también altoaragonés Rafael Salillas.<sup>11</sup>

Llanas, farmacéutico militar, tras haber residido en Barcelona (1891-1895), Sevilla y Granada (1896-1898), recalca en la capital de España en los inicios del año 1898. Allí refuerza su amistad con el que él considera maestro en los estudios positivos criminalistas y antropológicos, Rafael Salillas, además de frecuentar el Ateneo y ciertas tertulias literarias en las que comparte sus ilusiones modernistas. De la lógica conjunción de ambas inquietudes —la científica y la estética— nació *Alma contemporánea*, libro editado en los albores de la primavera de 1899. Si no es que por entonces Llanas conocía personalmente a Joaquín Costa —lo que parece seguro— de alguna de sus frecuentes visitas al Ateneo madrileño, de cierto Salillas le indicaría al farmacéutico que enviase un ejemplar del curioso libro al periódico de aquel, *Revista Nacional*, que había echado a andar recientemente, el 10 de abril de 1899. Así, en la sección de “Libros recibidos” del número 4 de la *Revista Nacional* (15-V-1899) aparecía el de Llanas. Esta fue la segunda mención del *Estudio de Estética* en la prensa periódica, escasos días después de la primera, de Clarín, en la que el asturiano elogió el trabajo del oscense en *Los Lunes del Imparcial* (8-V-1899). Otros datos indician la relación, al menos mediata, de Llanas con Costa. Estos son la amistad con Salillas, Altamira y Constancio Bernaldo de Quirós, y la publicación posterior de una serie de artículos de Llanas en revistas tan inequívocas como la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia* o el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.

Sea como fuere, el artículo que nos ocupa, “El Estado comerciante”, es fruto de la obsesión modernizadora y social de Llanas, en este caso debida a observaciones directas desde su puesto en la Farmacia Militar de Madrid, y responde a lo que Costa pretendía que fuese su periódico, esto es, la plataforma de opinión de los diferentes

<sup>11</sup> Rafael Salillas Panzano, quien también contribuyó al desarrollo modernista con sus particulares estudios antropológicos y sociológicos (con ecos en la obra inicial de Pío Baroja o Ramón del Valle-Inclán), y aun con algún relato aparecido en la colección *El Cuento Semanal*. Vid. Juan Carlos ARA TORRALBA, “Rafael Salillas, literato”, en *A escala. Letras oscenses (siglos XIV y XV)*, Zaragoza, Rolde, 1999, pp. 147-150.



estamentos *productores*. Cumpliendo este fin corporativo —tan criticado en el autor de *Oligarquía y caciquismo*—, Llanas defiende la reforma social y el intervencionismo fecundo del Estado desde su condición de funcionario del ramo de sanidad militar del Ministerio de la Guerra. En último término, lo que se ventila en el artículo de Llanas es un asunto tan moderno como el funcionamiento adecuado de las instituciones estatales, y de su extensión controlada a amplias capas de la población. Y es que *extensión, reforma social, sociología, psicología nacional, reglamentación, regeneracionismo y socialismo de cátedra, Estado*, son palabras repetidas hasta la saciedad en el diccionario de la época e indicativas, entre otras cosas, de que modernismo social y modernismo estético van indisolublemente unidos, tal como demuestra la figura de Llanas con carácter paradigmático.

En el artículo de Llanas se cuele también cierto orgullo nacional —lo que describe el farmacéutico no está implantado en otros países más *modernos*— y bastantes tics e improntas del positivismo y regeneracionismo contemporáneos, tales que impresiones de psicología nacional —el “desorden [...] tan característico en todo español”—, concepciones mecanicistas y organicistas del cuerpo social —el “hombre-rueda” funcionando con rentabilidad gracias a una reglamentación inteligente—, optimismo progresista en un Estado de funcionarios —acceso a puestos por oposición, corresponsabilidad solidaria de los cuerpos profesionales— y, sobre todo, la confianza infinita en que el determinismo evolucionista terminará avalando y garantizando con el ejemplo todos estos indicios de modernización —“a eso irremediamente nos lleva la evolución”.

Llanas, además, no había olvidado sus estrechos vínculos con Huesca, ciudad de sus parientes cercanos a la que solía acudir con frecuencia en los años finales del siglo XIX y principios del XX. Así, junto con el poeta local (e hijo del también literato Antonio Gasós Espluga) Cristino Gasós Samitier, funda en el mes de febrero de 1899 la “Academia científico-literaria”, establecimiento cultural que se suma a la larga lista de los aparecidos en el siglo XIX altoaragonés (los liceos artístico-literarios de 1840 y 1883, el Liceo Militar de 1881, el Ateneo Oscense de 1866...), pero con una característica muy *moderna*: la importancia dada a lo *científico*, entendido a la sazón como complejo enciclopédico en el que destacan las disciplinas sociológicas y psicopatológicas. Convivió esta “Academia científico-literaria” con la “Academia sertoriana”,<sup>12</sup>

<sup>12</sup> De esta academia me ocupé en “Literatura. La ‘Academia Sertoriana’ oscense (1897-1900)”, *4 Esquinas. Revista de Huesca*, 94, diciembre de 1995, p. 24.



fundada en 1897 por Matías Chías, Félix Lafuente, Luciano Labastida y Ramón Mayor Biel. La labor erudita, pero *amateur*, de Gregorio Gota, Ramón Mayor (autor, junto con su amigo Luis Mur Ventura, de algún curioso ensayo de *sainete social* en el inicio del siglo XX), Matías Chías o Luis Mur Ventura sería continuada de manera ya profesional a principios del siglo XX gracias al tesón y trabajo tanto de Gabriel Llabrés Quintana, fundador de la *Revista de Huesca* (1903-1905),<sup>13</sup> como, más tarde, de Ricardo del Arco Garay, quien comenzaría a publicar artículos en *El Diario de Huesca* desde 1908, al poco de recalar en Huesca.<sup>14</sup>

UN PUÑADO DE LITERATOS CERCANOS A MANUEL CAMO:  
EL *CÍRCULO OSCENSE*, DE LÓPEZ ALLUÉ A RETANA

Muy próximo a Manuel Camo y Nogués desde su juventud se situó el literato Luis María López Allué (Barluenga, 1868 – Huesca, 1928). Concejal del Ayuntamiento con apenas veinte años, pergeñador de versos desde mucho antes, defensor en duelo de los intereses camistas frente a Pascual Queral, López Allué alcanzó nombradía nacional gracias a la publicación de *Capuletos y Montescos* (1900). El libro, saludado desde el prólogo por Mariano de Cavia (quien motejó a López Allué de *Pereda aragonés*), significa el triunfo local de lo que Julio Cejador bautizó con precisión como *Época regional y modernista* en su conocida *Historia* de la literatura. Pero en su momento respondió directamente a lo que había supuesto *La ley del embudo*; de hecho, ayudó a silenciar los molestos ecos que para Camo y los suyos había supuesto la novela de Queral (un dato revelador: con el éxito de la novela, en los carnavales de Huesca del año 1901 desfilaron las figuras de los principales personajes de la novela). *Capuletos y Montescos* hablaba, sí, de caciquismo, pero la trama astutamente pasaba a un pueblo de la provincia, alejándose de la *peligrosa* capital. Lo que queda del libro en los días que corren, sin embargo, es su idilismo rural, la perfecta percepción de la vida, *alma* y paisaje del Prepirineo oscense. Estas características reaparecen, atenuadas algunas y acentuadas las más *regionales*, en otras obras del López Allué allende y aquende el periodo que estudiamos, tales que *Alma montañesa* o *Pedro y Juana*.

<sup>13</sup> Excelente la introducción al facsímil de la revista a cargo de Ignacio Peiró, *Revista de Huesca*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses. 1994.

<sup>14</sup> En prensa se encuentra mi repaso a la trayectoria vital y filológica de Ricardo del Arco: “«Por la copia». Los hallazgos de Ricardo del Arco”. en *Cien años de Filología en Aragón*. Zaragoza. Institución Fernando el Católico.

También cercano a Manuel Camo anduvo Manuel Gilmán y Martínez, quien había nacido en Calatayud en el año 1860. Hasta donde alcanzo, no lo he visto citado en ningún repertorio de escritores bilbilitanos, y eso que la ciudad de Marcial ha sido cuna de un buen puñado de excelentes literatos. El mismo Gilmán, en “Idilio”, poesía que abre su poemario *Renglones Cortos* (1907), aludía a las riberas del Jalón como su patria. Sea como fuere, el caso es que Gilmán, ya viudo, fue trasladado a Huesca como oficial cuarto de la Delegación oscense de Hacienda, seguramente desde la sucursal leonesa. El infortunio persiguió a Gilmán, pues, cuando estaba preparando las pruebas de imprenta para la edición de los *Renglones Cortos*, falleció repentinamente el domingo día 3 de febrero de 1907. Al día siguiente, *El Diario de Huesca* y el corresponsal del *Heraldo de Aragón* en la capital altoaragonesa, Julio Pellicer, daban la noticia de la muerte de Gilmán. Fue enterrado el día 5. Póstumo, *Renglones Cortos* es un poemario que Gilmán, no sabemos por qué tipo de agradecimiento, dedicó a Manuel Camo y Nogués, y que en sí mismo se nos presenta como un libro de ejercicios poéticos pergeñados a partir de los modelos literarios decimonónicos que reflejaban los manuales al uso y libros de lectura de mediados y fines del siglo XIX. Hay en *Renglones Cortos*, como en los manuales aludidos, odas, himnos, canciones... escritos con cierta corrección pero cuyo contenido no es sino remedo empequeñecido de poemas archiconocidos. Tal es la cercanía en algunos casos respecto del troquel original (Arolas, Espronceda, Campoamor...), que no dudamos en calificarlos de *pastiche*.

En cierto modo, la cubierta del libro, de motivos modernistas, y aunque no firmada, seguramente debida a la pluma de Ramiro Ros Ráfales, desmiente un tanto el contenido, escasamente acorde con los gustos modernistas triunfantes y sí con aquellos derivados de un posromanticismo trasnochado y epigonal. Sin ser en exceso original, por lo tanto, y en mucho observador de ciertos trucos tendentes a rimar como fuera los versos —el hipérbaton por el que se antepone el complemento del nombre al sustantivo núcleo de sintagma, o la reiteración de palabras finales, por ejemplo—, *Renglones Cortos* y Manuel Gilmán merecen aparecer aquí como muestra de la pervivencia de viejos gustos decimonónicos entre la parroquia lectora del flamante casino del *Círculo Oscense* inaugurado en 1904.

Aquellos que entre partida de *monte* y partida de ruleta preferían pasar el rato leyendo literatura moderna local en los coquetos salones del *Círculo* camista, sin duda se deleitaron con los artículos que un joven Álvaro Retana (1890-1970) publicó en *El*



*Diario de Huesca* en 1908 con el seudónimo de César Maroto.<sup>15</sup> Álvaro era hijo del buen amigo de Camo Wenceslao Retana, también escritor, y de aquella amistad surgió el que Álvaro, con dieciocho años, recalara en Huesca por breve tiempo como colaborador del periódico de Camo, *El Diario de Huesca*.

Las señoras, sin embargo, habrían de preferir el estilo modernista, pero muy sentimentalón y cursi, de Magdalena Santiago-Fuentes.<sup>16</sup> Magdalena Santiago-Fuentes Soto vino al mundo en la ciudad de Cuenca el 7 de febrero de 1873. La infancia de Magdalena y de sus hermanos Carmen y Eduardo es bastante azarosa, al recorrer la misma senda trazada por los destinos profesionales de su padre. De la Cuenca natal pasará la pequeña Magdalena a Madrid, y de allí a Logroño, donde su padre profesará en el Instituto, seguirá cultivando aficiones literarias, y donde Magdalena cursará, rodeada de tribulaciones, los primeros años de sus estudios secundarios (1884-1889). A los diecisiete años muere su padre y Magdalena ha de asumir la tarea de llevar adelante la infortunada familia. Así, debe terminar sus estudios en Burgos —se examinará en Logroño, sin embargo, del examen de grado de bachiller en Letras, obtenido el 28 de junio de 1890 y expedido el 24 de abril de 1891—, abandonar los iniciados estudios de Farmacia en la Universidad Central madrileña y hacerse con un puesto de telegrafista para mantener a sus hermanos.

Si hemos de hacer caso al contenido de sus novelas, de marcado acento autobiográfico, Magdalena contó con muy pocos apoyos, ni por parte de sus parientes burgaleses ni de su tío Rafael Santiago-Fuentes, presidente de la Audiencia de Logroño, durante la enfermedad y muerte de su padre. Solo su tío Luis Santiago-Fuentes tendió una mano a los ya huérfanos. Este, nacido en 1850 y usualmente conocido por su apellido abreviado, Fuentes, había recalado en Huesca a principios de la década de los setenta como jefe de Fomento de la provincia. Hojeando la prensa local podemos ver cómo hacia 1873 todavía Luis distraía sus horas con ocios literarios. El abogado Luis Fuentes echó raíces en la capital oscense a tal punto que en 1889 alcanzó la alcaldía militando en las huestes republicano-castelaristas de Camo. Con el tiempo también sería diputado provincial, gobernador civil, magistrado suplente de la Audiencia oscense, caballero de la gran cruz de la orden del Mérito militar... Murió en Huesca en la madrugada del 10 de noviembre de 1930.

<sup>15</sup> Según indica con acierto Javier Barreiro en *Cruces de bohemia*, Zaragoza. UnaLuna, 2001, p. 92.

<sup>16</sup> Expongo aquí los datos ya recogidos en mi artículo "Magdalena Santiago-Fuentes (1873-1922), datos para la biografía de una mujer dedicada a la literatura y al magisterio", en *A escala...*, *op. cit.*, pp. 153-158.



Casi cuarenta años antes, como decíamos, Luis Fuentes había tendido su mano y hospitalidad a los hijos de su hermano difunto, quienes se trasladaron a Huesca, casi con toda seguridad, a fines del año 1891. Por lo pronto, alojó a los tres jóvenes en su casa de la calle de las Cortes, 18, piso 2º, y tuteló los pasos académicos de Magdalena. Esta, prodigiosamente, cursó en tres meses, por libre, los estudios conducentes a los títulos de Maestra Elemental (conseguido tras examen verificado el 13 de junio de 1892) y Superior (examen del 22 del mismo mes). No contenta con ello, al poco gana en brillante oposición una plaza vacante en las Escuelas Municipales de la capital —alcanzó el número 1 en la liza—, destino muy codiciado por las maestras de toda la provincia. La actividad de Magdalena en Huesca es intensa. Destaca en todos los cenáculos oscenses y, como publicista, en periódicos de dentro y fuera de la capital altoaragonesa. Ya el 20 de diciembre de 1890 *La Corres* madrileña le había publicado el artículo “Hijo y patria”; firmado en Burgos, y anunciando su llegada a Huesca, publica en *La Crónica* (13-III-1891) la prosa “La mujer pagana”. Admirada por todo el estamento docente, sus artículos suelen llenar las páginas del periódico del gremio *El Ramo*, dirigido por Julio Pellicer Nogués. En 1896 la imprenta de Leandro Pérez edita su primer libro, *Nociones de Higiene y Economía Doméstica*, que dedica a Isabel Martínez Campo, directora de la Escuela Normal. Con esta publica en mayo de 1897, y en la misma editorial, el *Sencillo método de Corte para popularizar esta enseñanza en las Escuelas Normales y en los colegios de niñas*, y en Herder, en el 98, la novela *El tesoro de Abigail, narración de Tierra Santa*. De 1899 data el más célebre de sus libros, *La escuela y la Patria*, que habría de vivir una treintena de ediciones hasta 1943. A principios de siglo, y tras nueve años de labor en Huesca, Magdalena Santiago-Fuentes obtiene una cátedra en la Escuela Normal de Barcelona. Allí publica la novela *Emprendamos nueva vida* (1905), primera de una, diríamos, trilogía autobiográfica que completará, en colaboración con su hermana Carmen —muerta en 1913—, con *Aves de paso. Novela infantil* (Huesca, L. Pérez, 1909) y *Vida de colegio. Novela infantil* (Madrid, Hernando, 1916).

De la Escuela Normal de Barcelona pasó, por permuta, a la de Madrid, y de aquí a la Escuela de Estudios Superiores de Magisterio, en la que lucró la cátedra de Historia de la Civilización. Siguió editando libros de diversa índole —casi una cincuentena entre traducciones, manuales, ensayos y novelas educativas— y colaboró en revistas como *Blanco y Negro*, *La Lectura*, *Nuevo Mundo*, *El Gráfico*, *El Imparcial*, *Escuela Moderna*, *Feminal*, *El Magisterio Español*, etc. En 1916 fue vicepresidenta de la “Sociedad para el estudio del niño”.



En Huesca siempre se le apreció en lo que se le debía, de tal modo que la escuela municipal donde trabajó llegó a tener por un tiempo el nombre de Magdalena Santiago-Fuentes. Cuando esta ya profesaba en Barcelona, continuaba mandando artículos a *El Ramo*, y los redactores de la revista correspondían, siempre que estaba en su mano, con elogios a su figura o a sus obras recientes, tales que los *Cuentos Orientales* o *Aves de paso*. Buena prueba de la identificación de Huesca con Magdalena Santiago-Fuentes es el hecho de que el anónimo redactor del *Heraldo de Aragón* que el viernes 30 de junio de 1922 glosó el repentino fallecimiento de la escritora en Madrid<sup>17</sup> titulara la necrológica “Una aragonesa ilustre. Magdalena de Santiago Fuentes”. Allí se lee que Huesca era “su ciudad nativa”, y se desea que “descanse en paz la ilustre aragonesa que, por nobles modos, ha continuado la gloriosa historia de la mujer en Aragón, tierra fértil en mujeres que dejaron tras de sí huellas de inmortalidad”. El montisonense Ramiro Solans Pallás subsanó el relativo error en un suelto de *La Tierra* aparecido el día 2 de julio; matizaba Solans que “nacida en Cuenca, pero aragonesa por temperamento y de corazón, no debe faltar en la Prensa de Huesca, en cuya ciudad tantas temporadas residió, la expresión del dolor con que esa desgracia hiere a cuantos en vida la conocimos y la admiramos”. Por su parte, Francisco Ena, corresponsal oscense del *Heraldo*, se encargó de recordar a los lectores zaragozanos en “Huesca al día. Magdalena Fuentes” (7-VII-1922) el carácter oscense adoptivo de la escritora, y lo que dejaba en nuestra capital: “desempeñó su primer cargo de la honrosa carrera en Huesca, al frente del Colegio Municipal de la calle de Alfonso de Aragón. Aquí vivió, cuenta con familia y en esta ciudad gozaba de generales simpatías y amistades”. Quedaban, en efecto, su tío Luis y numerosos cercanos de sangre, entre los cuales cabe recordar al ingeniero Luis Fuentes-López Allué o a la escritora costumbrista Dolores Fuentes-López Allué, solo sea por el emparentamiento con el recordado autor de *Capuletos y Montescos*.

Su principal novela, *Aves de paso*, según apuntábamos, es una novela autobiográfica (*Vida de colegio* narra el mismo contenido, exactamente el mismo, solo que con pequeñas variantes de perspectiva) que *en clave* narra las tribulaciones de la infancia de los tres hermanos. Manuel Solís (los hermanos Santiago-Fuentes), recién envidado y redactor de un diario político que se va a pique por momentos (*El Constitucio-*

<sup>17</sup> Dato este de su fallecimiento que, hasta donde alcanzo, no ha sido consignado en repertorio o monografía alguna.



*nal* madrileño), se esfuerza en sacar adelante a sus hijos José (Eduardo en la realidad), Mercedes (Magdalena) y la enclenque Pilar (Carmen). Manuel Solís en vano acude a su familia burgalesa (Henara, donde destaca la catedral, es Burgos en la novela) en busca de ayuda. Solís se traslada entonces, “cruzando el eje ibérico”, a Orbeda. Este nombre apenas esconde el del trasunto real, Logroño, ciudad situada en la vega de un río “caudaloso” como es el Guadalorbe (el Ebro, claro es). En Orbeda los Solís sufren la asfixia de la sociedad provinciana, que les acaba ahogando hasta que el padre, al final, puede conseguir, tras “ganar unas oposiciones”, un traslado. En lo referente al trasunto de Magdalena, cabe decir que Mercedes es un ejemplo de abnegación y trabajo sacrificado. Y es que *Aves de paso*, pulcramente escrita y de notable factura narrativa por otra parte, no deja de ser un libro “de amena recreación”, edificante; una “buena lectura”, en suma, donde lo que importa es que brillen los valores de la familia, la honradez, el trabajo, la pulcritud y la moralidad.

LA EXTRAVAGANCIA NUCLEAR DE *SILVIO KOSTTI*.

LOS *EPIGRAMAS* COMO EMBLEMA DE UN MODERNISTA SOLITARIO

Solo superado, quizá, por José María Llanas Aguilaniedo, Manuel Bescós Almudévar fue quien mejor trazó la ecuación *escribir en modernista – vivir en modernista*. Como le había sucedido al joven Joaquín Costa, Manuel Bescós Almudévar (Escanilla, 1866 – Huesca, 1928)<sup>18</sup> también fue tocado, en sus años mozos, por el “pecado del librepensamiento”, en manido sintagma que hubiera firmado cualquier chantre *neo* de nuestro siglo pasado. Si el de Monzón hubo de llegar a Huesca (1863) bajo el manto protector de su integrista tío José Salamero y el de su capataz Hilarión Rubio, y hubo de tratar a carlinos del círculo oscense como Serafin Casas y Abad, León Abadías o Francisco Bescós Lascorz, padre de nuestro escritor, Kossti, por su parte, habría de sufrir un círculo familiar todavía más ultramontano. Entre otros condicionantes, la cercanía *maléfica*, común a ambos, del ejemplo y pensamiento republicanos de los Montestruc significaría la entronización de la duda y el “mal del análisis” positivista decimonónicos en la vida de unos jóvenes separados por veinte años de edad. El médico, materialista y revolucionario, Rafael Montestruc (Huesca, 1825)

<sup>18</sup> Transcribo aquí datos e interpretación escritos en mi prólogo al libro de Manuel Bescós *Epigramas* [sic]. Huesca, La Val de Onsera, 1999.



residía en la zona más emblemática de la Huesca *moderna* hacia los años sesenta del siglo pasado: la calle de Vega Armijo, nº 2. Vecino de su cuñado Hilarión —Montestruc había contraído matrimonio con Manuela Rubio (Barcelona, 1827)—, ejercería notable influencia sobre un Costa mantenido y explotado por el maestro de obras Rubio. De Bescós, otro tanto podemos decir. Su padre, Francisco Bescós Lascorz, carlista que arrostraría exilio por su apoyo a la causa tradicionalista, inocularía sus ideas a tres de sus hijos, Francisco, José María y María Pilar, pero no lo pudo conseguir, al cabo, con el vástago mayor, Manuel. Su madre, Francisca Almudévar y Vallés, de familia de terratenientes del Somontano de la capital, también simpatizaba con los que defendían la vuelta a un Estado clerical. El círculo se completaba con los familiares de su madre, los Almudévar de Siétamo y Loporzano —uno de cuyos hermanos es caricaturizado en los *Epigramas* en la regocijada e irreverente narración de un acontecido, el entierro de su tía, en Castilsabás, lugar próximo a Loporzano—, y con el hermano de su padre, Anselmo, uno de cuyos hijos, Félix Bescós y Mavilla, sacerdote, tentaría la literatura con un poema religioso titulado *A San José. Episodio bíblico titulado La duda. Poesía* (Barcelona, Tipografía de Redondo, 1887). Este era el ambiente en el que, tras los años transcurridos en el exilio francés, vivió Manuel Bescós Almudévar en una casa (“suntuosa”, según las crónicas) situada en la continuación de la supracitada de Vega Armijo, la calle de Zaragoza, nº 3. Cuando Manuel Bescós disfrutaba de las vacaciones de sus estudios de bachillerato cursados en los jesuitas —vivero de anticlericalismo durante generaciones—, y de los posteriores de derecho en Zaragoza y Madrid, vería desfilar, por los salones de su casa, a los Claver, los Casas, los Vilas y ese sacerdote *neo* que, de haber vivido la primera de las guerras civiles, hubiera trocado su nombre de pila, Cristino Gavín. De hecho, cuando se establece el segundo Liceo Artístico y Literario de Huesca en 1883, Manuel Bescós compartirá palco con el hijo de Serafin Casas y Abad, Mariano. No caló este ambiente en el joven Bescós, quien en Zaragoza y Huesca trabó amistad con tres de los hijos del viejo Montestruc, Luis —fundador en 1895 del *Heraldo de Aragón*—, Rafael y Joaquín Montestruc Rubio. A través de estos conocería al infatigable y bilioso luchador republicano Juan Pedro Barcelona, quien había residido en Huesca, con ocasión de fundar y dirigir el periódico *Aragón* (1887), una buena temporada. Probablemente por el respeto y admiración que profesó siempre hacia su padre, Manuel Bescós no se significó como republicano durante aquellos años, tal vez porque los asuntos del negocio familiar —de vinos— le mantenían también alejado en muchas ocasiones de Huesca, al mismo tiempo que acendaban su espíritu cosmopolita. Con cierta distan-

cia observaría los acontecimientos políticos de su localidad, señaladamente los derivados del nacimiento de la Coalición Administrativa anticamista en 1887 (novelada por Pascual Queral en *La ley del embudo*), en la que se fundieron conservadores y liberales dinásticos, carlistas y republicanos federales y democrático-progresistas, agremiados en contra de Manuel Camo y Nogués, enemigo de Bescós padre, entonces, y de Bescós hijo, después. Curiosamente, esta circunstancia permitió el noviazgo de Bescós con la que sería su esposa, María Cruz Lasierra y Lasierra, pues el padre de esta, aún fusionista convencido, el acaudalado José Lasierra Azcón, era aliado circunstancial de los carlistas por la coyuntura señalada. En compañía de ultramontanos como Casas y Claver, y de fusionistas como Gasós —amigo íntimo de Lasierra—, se presentó Bescós Lascorz a las elecciones municipales de 1889, en las que no logró acta, y dos años después hubo de pelear, junto con los sagastinos, por la candidatura del carlista Manuel de Llanza y Pignatelli, duque de Solferino. En estas lides malgastó Francisco Bescós sus últimas fuerzas, pues fallecería en Huesca el 6 de abril de 1891. Un mes más tarde le acompañaría el republicano Rafael Montestruc, muerto en Jaca el 9 de mayo de aquel año.

En esta sazón Manuel Bescós se instala en París, y retorna a Huesca fugazmente en 1893, para contraer matrimonio con María Cruz Lasierra y Lasierra. Entre tal fecha y la de 1895, los recién casados vivirán en París. A su vuelta encuentra la vida política de la capital notablemente transformada: los conservadores, de capa caída; los antiguos republicanos posibilistas de Camo, resellados en liberales; los sagastinos, sin lugar político; los republicanos federales y progresistas, divididos por centésima vez... Bescós, como el antiguo fusionista Queral, autor de *La ley del embudo* (1897), solo atisba una posibilidad de acción política en las primeras campañas de Joaquín Costa. Las trayectorias de ambos personajes se juntan, y fruto de ello resultó el rico epistolario cruzado entre ellos, editado eficientemente por G. J. G. Cheyne.<sup>19</sup> Cumple Manuel Bescós, durante esos años férvidamente *kosstistas*, el perfil sociológico de “productor” y “neutro” regeneracionista que indicó José-Carlos Mainer en el estudio más acertado que se ha hecho sobre el altoaragonés.<sup>20</sup> Como factótum de la Cámara de Comercio oscense (1897) y como iniciador, junto con el anticamista Severino Bello, de la Socie-

<sup>19</sup> G. J. G. CHEYNE, *Confidencias políticas y personales. Epistolario Joaquín Costa / Manuel Bescós*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1979.

<sup>20</sup> Introducción a la edición de *Las tardes del sanatorio*, Zaragoza, Guara, 1981.



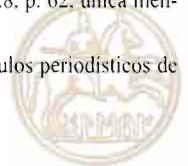


dad Hidro-Eléctrica Oscense (1900),<sup>21</sup> Manuel Bescós absorbe y desarrolla el programa costista de la *Revista Nacional*. Por aquí hay que entender el definitivo salto hacia el republicanismo de Bescós, por el camino señalado por Costa en 1903 en su adhesión final a la recién constituida Unión Republicana. Y es que, si bien se mira, el republicanismo de Bescós se aparta un tanto de la tradición provincial, que arrancaba de Manuel Abad y continuó con Francisco García López, Antonio Torres-Solanot, Bernabé Morera, Pedro Laín Sorrosal, José Fernando González o Mariano Araus, entre otros. Fue, con Salillas, más afecto al nuevo republicanismo finisecular, anticlerical, plasmado en la mencionada Unión de 1903, a pesar de alejarse más tarde, por su costismo excluyente, de los planteamientos populistas de Lerroux. En 1904, sin embargo, colabora activamente en la fundación, junto con el secretario particular del *emperador del paralelo*, el oscense Ángel Aguirre Metaca —hermano a su vez de un buen amigo de Bescós, Vicente, ingeniero muerto prematuramente en 1901—, del semanario satírico republicano *El Iconoclasta* (1904-1905). Allí firmó artículos inflamados Bescós con un seudónimo de tufillo masónico, *Pico de Mirandola*,<sup>22</sup> que en todo caso dejaba bien clara su afición *moderna* por el Renacimiento artístico.

En febrero de 1906 cae Bescós enfermo y ha de ser operado de una hernia a manos de Joaquín Montestruc y Ricardo Royo Villanova en Zaragoza. Del postoperatorio *real* nace ese primer libro tan ligado a la tradición y convención literaria modernista *convaleciente* como fue *Las tardes del sanatorio*. Esta obra, imprescindible para reconocer los determinantes intelectuales del fino e irónico naturalismo espiritual que rezuma la escritura de Kossti, y que fue imprimida en mayo de 1909 por la Tipografía Blasco, con pie editorial de la madrileña Fe, armó tal revuelo en determinadas mentes mojigatas de la ciudad que fue reprobada por el obispo de Huesca en decreto publicado en el *Boletín Eclesiástico del Obispado de Huesca* del 15 de junio de 1909. Los años que siguen a la publicación de *Las tardes del sanatorio* fueron los más prolíficos en la escritura de un Bescós casi cincuentón. Continuó la fértil labor de publicista político iniciada años antes, proyectó el conocido programa de la novela *El último tirano* (1910), seguramente con Camo como motivación real inmediata, y escribió varios

<sup>21</sup> Vid. Luis MUR VENTURA, *Efemérides oscenses*. Huesca. Editorial V. Campo y C<sup>a</sup>. 1928, p. 62, única mención de Bescós por parte del pío Mur.

<sup>22</sup> Acerca de la labor periodística de Bescós, vid. Carmen NUENO CARRERA, "Los artículos periodísticos de M. Bescós (*Silvio Kossti*)", *Argensola*, 95 (1983), pp. 17-34.



cuentos, uno de ellos aparecido en la antología colectiva preparada José García Mercadal, *Cuentistas aragoneses (en prosa)* (Zaragoza, Cecilio Gasca, 1910). Sin embargo, son estos años más de Kossti que de Silvio, puesto que Bescós escribirá un buen puñado de artículos políticos en varias publicaciones, especialmente en *El Porvenir* (26-IX-1911, 6-IX-1923) y en *El Pueblo* (1912), este último periódico directamente controlado por Bescós y su ideario de republicano autónomo y costista. Muerto Camo, sus ataques se dirigieron contra el triunvirato sucesor del cacique liberal (Del Cacho, Mairal, Batalla) y los diputados cuneros de su órbita (especialmente Alvarado, con quien perdió en el embate electoral de 1914, cuando Bescós se presentó por el distrito de Sariñena en nombre del partido agrario-canalista). Ante el estallido de la primera guerra mundial, Bescós se alinea, a pesar de su republicanismo, con los germanófilos, y aprovechando varios artículos y manifiestos, amén de su polémica con el grausino y aliadófilo Ángel Samblancat, publica *La Gran Guerra. Contribución al glosario español* (impreso en los talleres zaragozanos de Tomás Blasco en 1917), libro dedicado al germanófilo Jacinto Benavente, quien años antes había dedicado una de sus insípidas chácharas *De Sobremesa* a elogiar *Las tardes del sanatorio*.

En los créditos de *La Gran Guerra* comparecían “en preparación” los *Epigramas*. Y es que, a juzgar por algunos de los textos del libro publicado en 1920 (el colofón indica que el libro se acabó de imprimir el 3 de noviembre, en la imprenta de la viuda de Leandro Pérez, y salió bajo los auspicios editoriales de la madrileña Pueyo), el inicio de la escritura puede fecharse en 1906, durante la misma convalecencia que daría lugar a *Las tardes del sanatorio*, obra con la que existen evidencias intertextuales, como la relación entre “La Abadía de Telemo” de *Las tardes* y la “Nueva Telemo” de los *Epigramas*, la reaparición de Cornelius Korner, o el anuncio de “un libro último, una especie de cancionero de la vida” en *Las tardes*, como bien supo ver José Luis Calvo Carilla.<sup>23</sup> Este hipotético término a quo lo marca la elegía “A la muerte de Juan Pedro Barcelona”, publicista republicano amigo de Bescós muerto en Zaragoza el 20 de octubre de 1906 por las heridas causadas días antes en el duelo mantenido con el también escritor republicano —luego furibundo alfonsino— Benigno Varela. La muga del término ad quem la constituye la charla dada por Bescós en el Ateneo de Madrid en febrero de 1920, que versaba, precisamente, sobre los epigramas. Entre

<sup>23</sup> José Luis CALVO CARILLA, *El modernismo literario en Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989, p. 181.



1906 y 1920 se datan unos textos que, en ocasiones, ya habían visto la luz en determinados periódicos.<sup>24</sup>

Si se nos permite la licencia, diremos que son los *Epigramas* —hasta en su original acentuación esdrújula— un libro debido más a Silvio que a Kossti, más al Bescós silvano, fáunico y epicúreo que al Bescós publicista y político inflamado de costismo. Al lector un tanto avezado en temas de historia literaria le habrá de parecer, además, el volumen como un tantico *extraviado*, pues si bien, por una parte, el canto a la belleza natural y hedonista y el desapego a la moral victoriana mojigata e *infra-hominida* condice con muchos de los principios del *modernism* occidental (especialmente el anglosajón), el empleo de un lenguaje deliberadamente arcaico y de determinados recursos rubenianos y valleinclanescos lo anclan en un modernismo hispano ya avejentado en las calendas de 1920. Allende estos asuntos de historia literaria debe buscarse el mérito indudable de un libro que más que *extraviado* habría de motejarse, al modo valleinclaniano, de *peregrino* o *bizarro* —por mucho que le importunara al puntilloso Julio Casares—. Por de pronto, conviene examinar el hecho de que el libro responde a una especie de cuaderno de ejercicios estéticos personales datables, algunos, en la temprana fecha de 1906, según sabemos. En segundo lugar, pondérese en su justo término el valor de la invención de un Jardín de Epicuro personal, clásico y helénico, “Desde el rincón de la provincia” —utilizando el título de la serie de artículos de Bescós publicados en *El Imparcial* en 1913—. En este sentido podemos entender mejor que el nuevo *Diario íntimo* de Amiel, que en cierto modo puede considerarse el libro de 1920 —la apropiación de Amiel es explícita en la frase del epigrama CXXII: “Ya todo lo comprendo y todo lo perdono”—, se decantase, por afinidad personal, más hacia el modo “impulsivo”, “neurótico”, “decadente” y de “filósofo de la vida ascendente” —en palabras afectas al Llanas de *Alma contemporánea* (1899) citado por Bescós en *Las tardes del sanatorio*— que al simbolistamente apacible de un Machado, un Díez Canedo o, por citar un riguroso libro contemporáneo, del León Felipe de *Versos y oraciones de caminante*.

Por lo tanto, Bescós se decidió en 1920 a publicar su particular *Paz del sendero*, su cuaderno de jornadas emotivas de un simbolismo radical, simplemente con un propósito íntimo, sentimental, de manifiesto penúltimo de un bohemio que observa-

<sup>24</sup> Como bien indica Carmen NUENO en su “Aproximación...”, art. cit., p. 66.



ba lejanas las *luces* de su juventud artística. No es casual la ubicación final del epigrama “Coro de peregrinos”, donde se encierra verdaderamente el sentido de este libro deliberadamente fragmentario. El poeta, el viejo Poeta Doctus del modernismo más reconocible, el “peregrino”, el “caminante”, se limita a indicar que es un viajero hacia “las regiones superiores” y que, por de pronto, “ha hecho surgir un encantado oasis que se llama jardín de Epicuro”. En este “oasis” de los epigramas, en esta Arcadia doméstica y literaria, solamente real en su *intérieur*, se instaló bonanciblemente nuestro artista. Y es que los *Epigramas* de Kossti son un libro “clásico” en el sentido modernista —incluso *noucentista*— de la palabra, y andan determinados su ideología y fundamentos de construcción últimos por la senda que iniciara Ernest Renan en sus *Diálogos filosóficos* de 1871. Más que Marcial, estos son los referentes en los que se apoyan la mayoría de los textos, que, de suyo, no son “epigramas” salvo en sentido laxo: los citados *Diálogos filosóficos*, de Renan; *La moral de Epicuro y sus relaciones con las doctrinas contemporáneas*, de Jean-Marie Guyau; los *Dialogues des amateurs sur les choses du temps*, de Rémy de Gourmont, y, sobre todo, *El jardín de Epicuro* del idolatrado por Bescós Anatole France. Y la liturgia laica, estética, de Bescós pasó por la utilización de unas *divinas palabras* consagradas (el latín, la mitología clásica...), y por la imitación —*pastichage*— de las fórmulas arcaicas y sonoras de Rubén Darío y, ante todo, de Valle-Inclán. Estas dos premisas denuncian el peculiar discurso de la prosa musical de Bescós en pos de una realidad simbolista, “más real que lo real”, en pos de la creación artificial de un “jardín de Epicuro” en medio de la realidad provinciana oscense.

Sabida es la veneración que sentía Bescós por la prosa y versos de Valle-Inclán, ya desde los tiempos de *Águila de blasón* y *Romance de lobos*, pero a tenor de los *Epigramas* no es difícil aventurar que Kossti gustó de toda la producción literaria del gallego. Y es que en el “jardín” de Bescós hay “claves” —musicalidad explícita e implícita; “noticia e idea por la cual se hace comprensible algo que era enigmático”<sup>25</sup>—, “paz campesina”, detalles prerrafaelitas, “princesas”, “faunos”, “centauros”, alusiones incestuosas y perversas —en este caso Octave Mirbeau es mencionado explícitamente—, irreverencias demoniacas —a lo Barbey d’Aureville o Huysmans, pero también al estilo de su imitador Valle-Inclán—, wagnerianismo *bárbaro* y *superhomínido*,

<sup>25</sup> Aceptación recordada con acierto por José-Carlos Mainer al frente de su edición de las *Claves líricas* de Valle-Inclán, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991.



arcaísmos,<sup>26</sup> latinismos, sintaxis a veces trotona y a veces salmódica, en ocasiones propia de parábola —en imitación de Nietzsche que hasta Baroja había adoptado en algún cuento del juvenil *Vidas sombrías*—, dísticos aconsonantados y alejandrinos... Sin embargo, más allá de los tópicos y pastiches, la lectura de determinados epigramas, y señaladamente del CXXVI, denuncia la lectura y consideración de breviario y vademécum por parte de Bescós del libro de 1916 *La lámpara maravillosa*. Incluso nos atrevemos a aventurar que no solo *La lámpara maravillosa* guió, a modo de prontuario, la escritura de muchos de los ejercicios estéticos contenidos en los *Epigramas*, sino que actuaría a modo de espoleta para que el fáunico Kossti se decidiese a dar a la luz su jardín de Epicuro oscense. Que en 1917 apareciese “en preparación” en los créditos de *La Gran Guerra* se nos antoja síntoma de esta hipótesis.

Hay dibujada en los *Epigramas*, por lo dicho, toda una senda de aprendizaje estético e ideológico que iría desde el librepensamiento aprendido en Renan y demás autores decididamente agnósticos, al epicureísmo y simbolismo manifestado en la madurez para *epatar*, no a un burgués como él, sino a las mezquinas y pacatas mentes de algunos de sus conterráneos. Fue el camino de un solitario, que a los ojos de los oscenses podría parecer de una extravagancia y locura similares a las padecidas en la agonía final de Llanas Aguilaniedo, quien pasaba en Huesca a la sazón de 1920 sus penúltimos días.

De lo hasta aquí expuesto no debe interpretarse la dedicatoria a Marcial y el propio título del libro de 1920 como un simple epifenómeno. Pero sí hay que matizar la advocación a Marcial desde el presupuesto de la creación de un jardín clásico —“encantado rincón”, según leemos en el prefacio— en el magín oscense de Bescós, desde su proverbial regionalismo o desde una tácita intención de dignificar un subgénero que en el siglo XIX pobló revistas satíricas e *Ilustraciones* de toda laya. En este último sentido, parece evidente que Bescós tuvo el propósito de redimir al epigrama “degenerado” en *humorada* mediante el empleo del *epigrama* —así, esdrújulo— con *humour* —a principios de siglo denominado castizamente *mostaza inglesa*—, que, como sabrá el lector, no es exactamente lo mismo. En puridad, esta actitud de reden-

<sup>26</sup> “También acaso padecí de la preocupación por la manera clásica, incurriendo en aquel defecto de arcaísmo, tan discretamente señalado por mi conterráneo don J. M<sup>a</sup> Llanas Aguilaniedo en su libro *Alma contemporánea*, defecto en que solemos incurrir los que escribimos confinados en un rincón de la provincia”, *Las tardes del sanatorio*, cit., p. 208.





ción clásica del considerado vulgar siglo XIX hace de este aspecto de los *Epigramas* una auténtica manifestación de *novecentismo*.

La sotanofobia y paganismo del libro eran razones suficientes para revolver el ambiente de la ciudad de Huesca en 1920. Esta circunstancia ya la preveía Bescós; pero no había sido cauto en la publicación de un libro nuevamente antibelicista cuya fama, sin duda, podía perjudicar la carrera militar de dos de sus hijos. Al parecer, este fue el motivo que le decidió a retirar la tirada de *Epigramas*. Hasta en su aspecto más cercano a la transacción mercantil, el libro es un libro *extraviado*.

Nuevamente Kossti, apeado de *silvanismos*, Bescós, observó en el otoño de 1923 cómo parecía cumplirse uno de los sueños de Costa, la llegada de un dictador, en principio, liberal y civilizado. Kossti, una vez más, no pudo sustraerse a la eterna tentación del republicanismo español: el autoritarismo tutelar. Poco más de cuatro meses tardó en anidar el desengaño. En ese intervalo, Bescós se hizo con la alcaldía de Huesca (3-X-1923 – 27-I-1924), a la que hubo de renunciar, lógicamente, porque un hombre autonomista, pagano, de fachenda y trazas bohemias —barbas de chivo incluidas—, agnóstico y de historial republicano y antibelicista, mal podía dirigir, a la larga, píos *upetistas* rojigualdos. La excusa del momento fueron, al parecer, los sarcasmos vertidos contra la bandera en algunos de los epigramas.

Abandonada la política y la literatura, los últimos años de Bescós transcurren plácidos en compañía de familiares y amigos. Sabemos que desde Huesca firmó —junto con Acín, Banzo, López Allué, Del Arco...— el manifiesto por el indulto del artista condenado a muerte Juan Bautista Acher, que en el verano de 1928 comenzó a colaborar en *La Voz de Aragón*, o que se avino a tomar la musa festiva y de “volSCO salvaje” para acompañar la agonía de Luis López Allué, a cuya muerte escribió una sentida necrológica. Poco más de cuatro meses le sobreviviría, puesto que Manuel Bescós Almudévar murió, a los 62 años, el sábado 1 de diciembre de 1928. Al día siguiente, *El Diario de Huesca* publicó las necrológicas de Ramón Acín y de Luis de Fuentes López, y a los dos días, las de Ricardo del Arco y J. Aranda Navarro. La prensa confesional, en concreto *Montearagón*, se limitó a felicitarse por la última conversión a la buena senda del finado.

EL CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN DEL MODERNISMO OSCENSE: ABRIL

No andan desatinados quienes fijan el término del *floruit* del modernismo literario español en la salida al mercado del volumen de artículos de Manuel Machado,



*La Guerra Literaria* (1913); en el caso oscense, al caso nos viene un libro y un prólogo de la primavera de 1912: *Abril*, de José María Eyaralar y Antonino de Caso, y las palabras liminares de Luis María López Allué a dicho poemario.<sup>27</sup> Mauricio Antonino de Caso Suárez, quien como literato adoptó el más modernista de sus nombres de pila, había nacido en Aínsa en el año 1888. Los días de su infancia vivieron varios cambios de residencia originados por la profesión itinerante de su padre, contratista de obras, a quien se debía, entre otras, la gestión de la construcción de la carretera de El Grado a Boltaña en ese año 1888, circunstancia que propició que por entonces viniera al mundo Mauricio Antonino en la monumental villa del Sobrarbe. Antonino, padre, había nacido en Ribadesella (Asturias), como los abuelos paternos del poeta, Ramón de Caso y Ramona Coetara. Casó Antonino con Emilia Suárez, de Ayerbe, mujer cuyos padres eran Juan Suárez, asturiano, y Antonina Fontana, de Ayerbe. El primero de los hermanos de Antonino de Caso Suárez había sido Enrique Emilio, nacido circunstancialmente en Candás (Asturias) en 1886. Ya en Huesca vería la luz otro hermano, José Luis Isabelino de Caso Suárez (19-XI-1893), cuando los de Caso residían en el número 1 de la calle de los Santos Justo y Pastor. En el cambio de siglo, sin embargo, la familia vive en San Sebastián, para volver a Huesca mediado el año 1901. Tras un lapso cronológico de algunos meses de 1903, durante los que Antonino cursa el cuarto año de la enseñanza secundaria en Zaragoza, el futuro poeta regresa a Huesca para terminar dichos estudios, por cierto plagados de suspensos.

También la infancia y adolescencia del otro novel autor de *Abril* anduvo marcada por el signo de los destinos paternos. Miguel Eyaralar Elía, padre de José María Eyaralar Almazán, había nacido en Pamplona en el año 1840; doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid en 1875, alternó desde esta fecha su destino de alférez del Regimiento de Infantería nº 109 de Guadalajara con el de catedrático interino de Latín y Castellano del instituto de la capital alcarreña, hasta que en 1897 concursó por traslado y acabó ganando la cátedra vacante de esta asignatura en el instituto de Huesca, ciudad en la que fijó su residencia y domicilio (Coso Alto, 28). Se jubilaría el 11 de octubre de 1912. Todos los hijos del catedrático nacieron en Guadalajara; así, Vicente, en 1884, Enrique, en 1892, y el que nos ocupa, José María Eyaralar Almazán, en 1890. No sabemos si la presencia de su padre influyó en los estudios secundarios

<sup>27</sup> Vid. Juan Carlos ARA TORRALBA, "Antonino de Caso y José María Eyaralar. los veinteañeros poetas de *Abril* (1912), prologados por el antimodernista Luis López Allué", en *A escala...*, op. cit., pp. 175-182.

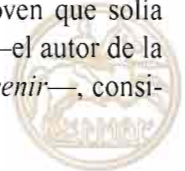


del joven José María, pero el caso es que, al contrario que su compañero de fatigas literarias, este Eyaralar consiguió nada menos que diecisiete matrículas de honor en su trayectoria dentro del instituto de la capital, amén de varios premios en determinadas asignaturas.

Antonino de Caso y José María Eyaralar habían sido, por lo tanto, colegas de instituto y casi contemporáneos rigurosos. A la altura de 1912 era Eyaralar, de largo, más conocido en los círculos culturales oscenses que su amigo Antonino, tal vez por sus colaboraciones en *El Porvenir* o por su sección “Chispazos” de *El Diario de Huesca*. Es por entonces cuando deciden publicar sus primerizos poemas en un abril que, por cierto, fue desapacible, tormentoso y en todo perjudicial para unos campos que iban granando a duras penas por los prematuros granizos primaverales. Sería Eyaralar quien cerraría el acuerdo con la zaragozana imprenta de Casañal para la edición, pues el 10 de abril de 1912 el corresponsal del *Heraldo de Aragón* (Ena) en Huesca daba la noticia de este desplazamiento del “cultísimo joven y excelente escritor”. Dos meses se demoraría la salida del libro, pues pudo verse en los escaparates oscenses el 2 de junio de 1912, según leemos en *El Diario de Huesca*.

Algunos acontecimientos habían sucedido desde que López Allué terminara de escribir el prólogo para *Abril*. En mayo (concretamente el día 2), había fallecido José Fatás Bailo, el profesor monegrino que se había significado (junto con Julio Pellicer) en la vida de la Escuela Normal de Maestros durante el último tercio del siglo XIX. El 7 de ese mes Luis López Allué había conseguido un ruidoso éxito con el estreno de su sainete cómico *El Buen Tempero* en el Principal oscense dentro de los actos que organizaba la sociedad recreativa La Bohemia (rival a la sazón de la Fraternidad Republicana), por lo que un fragmento de esta pieza costumbrista habría de merecer su publicación en la primera plana del *Heraldo de Aragón* del día 9. Precisamente el día 12 se daba cuenta por el diario zaragozano de la salida de *Jotas*, de Sixto Celorrio y Alberto Casañal, con impecables ilustraciones y dibujos de Félix Lafuente Tobeñas.

La temperatura literaria no era muy favorable, por lo tanto, a la salida de un poemario modernista como el de Eyaralar y de Caso. Lo que triunfaba en 1912, y en la periferia provinciana, era la llamada *literatura regional*, y bien lo podemos corroborar a la vista de los acontecimientos literarios aragoneses de la primavera de ese año. No se arredraron sin embargo nuestros poetas, y en compañía de otro joven que solía firmar por entonces sus dibujos como *Fray Acín*, esto es, Ramón Acín —el autor de la cubierta del libro y de la caricatura de los autores aparecida en *El Porvenir*—, consi-



guieron sacar adelante este libro que no desentona dentro del endeble y epigonal modernismo aragonés y que, como adelantamos en su día, podríamos denominar como de *modernismo castizo*.

Tras el prólogo de López Allué, Antonino de Caso abrió con sus poesías el volumen. Los alejandrinos de dos de sus “Sonetos” y los temas y estilos predilectos en varias de las poesías no dejan ningún resquicio a la duda de que Rubén Darío no pueda ser el inspirador inmediato de Antonino de Caso, aunque tamizado este modernismo imitativo por un exceso sentimental que no tienen, por contra, los poemas de José María Eyaralar. Más culto, libresco y sobrio en su escritura, las composiciones de Eyaralar son de mayor calidad que las de su compañero. No tanto Rubén, como Bécquer y el primer Villaespesa de *Luchas*, *La copa del Rey de Thule* y *El alto de los bohemios*, son sus determinantes poéticos; repárese, en este sentido, en el título de algunos de los poemas: “Rimas”, “La copa del Rey de Thule”, “Nirvana”... Hay lugar en estas poesías, por lo tanto, para el romanticismo crepuscular, el modernismo *luchador* de primera hornada, el amanerado y rubendariano, y aquel más sentimental y reposado que nace, entre otros, de la lectura de los *Cantos de vida y esperanza* del poeta nicaragüense y que suele iniciar sendas y caminos posmodernistas —léase la poesía “Por el hondo camino ha pasado el dolor”, escrita en tercetos alejandrinos monorrimos—; pero también tiene su sitio el género festivo y circunstancial, más atado a la vida cotidiana y alejado de pretensiones trascendentales. Y es que cierran la sección de poemas de Eyaralar una antología de las composiciones que habían aparecido en la sección “Pellizcos” de *El Diario de Huesca*. Aquí leemos epigramas, parodias, *pacotillas*, *pastiches* jocosos, algún poema patriótico —un soneto elegía al 27 de julio de 1909, día del desastre riffeño que ocasionaría, en breve plazo, la no menos desastrosa *Semana* barcelonesa—, y otros dedicados a cupletistas y toreros que habían pasado por Huesca.

El prólogo de López Allué, por su parte, está escrito desde la *orilla castiza* del modernismo, desde su lado *regional*. Imita López Allué el estilo socarrón de Mariano de Cavia y, de esta manera, consigue sepultar los aspectos más *irritantes* del modernismo que se batía en retirada. Las palabras de López Allué no pueden ser más explícitas a este respecto:

[Es el modernismo] literatura que aburre y desespera con sus languideces y desmayos de neurasténicas o con sus incongruentes, enrevesadas y desatinadas barbaridades. Hay muchos poetas modernistas que me corrompen las oraciones, no porque se llamen así, sino porque no los entiendo. En ellos parece que se han fundido quintaesenciadas y

llevadas al delirio, aquellas dos tendencias literarias. Esos poetas se hacen antipáticos desde los primeros versos. Empiezan diciéndonos quiénes fueron y dónde nacieron sus papás. Ella, la madre, era africana, de tez de ébano y ojos de fuego; y el padre, sajón, rubio y de ojos azules. Así tratan de justificar la enfermedad de paradojismo que padecen sus almas. Almas blancas y negras, enamoradas de Santa Teresa y de Verlaine, admiradoras de San Francisco de Asís y del Chato de Cuqueta, almas que sufren y lloran, que rezan y cantan, que se extasían bajo las bóvedas de las Catedrales góticas y ante la Chelito con sus garrotines, sedientas de sangre y ahítas de champagne... y a la postre resulta que esas almas de tan extremada y despampanante complejidad, son las de unos pobres chicos, que los domingos, después de comer el cocido de sus mayores, les dan sus papás dos pesetitas para los vicios de la semana.

Parece claro que a López Allué no le gustaban en exceso las paradojas y neurastenias de Llanas Aguilaniedo o el estilo de volutas clásicas a lo Silvio Kossti. Tras esta castiza acta de defunción (tan paternalista como poco amable con los jovenzanos autores de *Abril*), solo habría lugar para el epigonismo tardío y *snob* de Manuel Bescós y sus *Epigramas* (aunque escritos en su mayoría, según sabemos, dentro del tranco cronológico estudiado), el sentimentalismo de Manuel Banzo Echenique, o algunos frutos pasados de sazón de bohemios altoaragoneses como Enrique González Fiol o José Fondevila Vidal. El modernismo en Huesca —salvo en su fértil derivación *regional-castiza*— había pasado a formar parte de un sustrato arqueológico solo revisitable con la nostalgia.

